



NARRATIVA DE ENFERMERÍA

LA GUARDIA NOCTURNA:
ENTRE EL HOSPITAL Y LA INCERTIDUMBRE

THE NIGHT WATCH:
BETWEEN THE HOSPITAL AND UNCERTAINTY



SARAHÍ OSUNA VELARDE^{1*}

<https://orcid.org/0009-0000-4439-9525>

1. Estudiante de Nivelación de Licenciatura en Enfermería, Facultad de Enfermería Culiacán, Universidad Autónoma de Sinaloa.

*Autor de correspondencia: sarahiosuna61513@gmail.com.mx

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

RECIE FEC-UAS

Revista en Educación y Cuidado Integral en Enfermería
Facultad de Enfermería Culiacán

Julio - Diciembre, 2024 Vol.1 Num.2, pp. 151 - 154 e-ISSN (en trámite)

Revista online: <https://revistas.uas.edu.mx/index.php/RECIE/index>

INTRODUCCIÓN

Culiacán, Sinaloa; Septiembre 2024 la inseguridad por el narco, se apodera de la ciudad. Las noches en el hospital siempre han tenido algo de particular, donde la tranquilidad en los pasillos contrasta con la intensidad de los casos que llegan a urgencias. Pero en Culiacán, últimamente, esa tranquilidad es ausente. La verdadera inquietud no está dentro del hospital, sino afuera, en las calles oscuras, donde la violencia nos envuelve sin previo aviso. Era el inicio de otra guardia nocturna, el estrés no comenzó cuando llegué al hospital. Surgió mucho antes, mientras me preparaba en mi habitación.

Cada vez que tengo una guardia de noche, la incertidumbre se vuelve más fuerte. Las noticias de la violencia reciente, los bloqueos y los enfrentamientos rondan en mi pensamiento desde el momento en que salgo de casa. El miedo no es tanto por lo que pueda pasar dentro del hospital, sino por el trayecto hacia él y sobre todo, por el regreso a casa cuando la ciudad está más vulnerable.

El camino al hospital se siente diferente de noche, las calles desiertas y silenciosas, no transmiten paz. Al contrario, esa falta de movimiento es lo que más inquieta, sabes que algo puede suceder en cualquier momento. Conduzco con las luces bajas y un poco de prisa intentando no llamar la atención, siempre alerta. El silencio de la ciudad no es de descanso, sino de una calma tensa, llena de temor y cada alto en los semáforos parece esconder un posible peligro, mi mente está ocupada con la incertidumbre constante de mantenerme a salvo .

DESARROLLO

Recuerdo una noche en particular, había bloqueos reportados en varios puntos de la ciudad, pero no había opción de no presentarme a la guardia. Sabía que los pacientes dependían de nosotros y que, aunque el riesgo fuera alto, la responsabilidad pesaba más. Me despedí de mi familia, intentando no mostrar mi preocupación, pero la ansiedad era notable. Al salir de casa, revisé varias veces las rutas en el mapa, buscando la que pareciera más segura pero en una noche como esa, ninguna lo era realmente. Cada semáforo que cruzaba, cada esquina que giraba, mi corazón latía con más fuerza. Las calles vacías, lejos de tranquilizarme, me hacían sentir más expuesta. No hay sensación de seguridad cuando sabes que la violencia puede surgir en cualquier momento, en cualquier lugar. El miedo es casi palpable, Mi mente repasaba continuamente: "¿Qué haré si me encuentro en medio de un enfrentamiento o si me despojan de mi vehículo?", "¿Cómo puedo protegerme si algo sucede de repente?"

Al llegar al hospital, me invade un alivio momentáneo. Se que, por unas horas, estaré segura dentro de sus muros. La rutina de la guardia comienza, y me sumerjo en los casos que llegan. Los pacientes, sus historias, sus emergencias, pero incluso dentro del hospital, la tensión no desaparece del

todo. Porque mientras estoy atendiendo a otros, sé que allá afuera, en las calles que tendré que cruzar de nuevo al terminar mi jornada, el peligro sigue presente.

Mis compañeros de guardia también lo sienten. Las conversaciones que solían ser sobre el día a día, las vivencias personales y dificultades del trabajo, ahora giran en torno a la seguridad. Comentamos sobre qué rutas son seguras, qué calles evitar, o cómo algunos de nosotros hemos tenido que tomar rutas alternas por la ciudad para llegar al hospital evitando las zonas de riesgo. Nadie lo dice abiertamente, pero todos estamos conscientes del peligro que enfrentamos simplemente por venir a trabajar.

Lo más difícil, no es el trabajo, sino el final de la jornada. Cuando el reloj marca las primeras horas del amanecer, y es hora de regresar a casa, el miedo regresa con más fuerza. La ciudad, aún envuelta en la desolación, parece más amenazante que nunca. Después de una larga noche de trabajo, el cansancio físico se mezcla con la ansiedad. Conducir de regreso a casa se siente como caminar por una cuerda floja, donde cualquier movimiento en falso me pondría en una situación peligrosa.

En una de esas noches, escuché rumores de un enfrentamiento cerca del área por donde debía pasar. La sensación de vulnerabilidad fue abrumadora. Intenté encontrar rutas alternas, pero cada opción parecía igual de peligrosa. Mi mente estaba en alerta máxima. Me puse en contacto con compañeros que ya habían salido antes para saber si habían pasado sin problemas. El miedo constante de no saber si lograría llegar a casa sana y salva.

Al llegar a casa, finalmente, se siente un alivio profundo, pero mezclado con agotamiento emocional. Sabía que tendría que volver a hacerlo de nuevo en la siguiente guardia. Esta situación de vivir entre el hospital y la violencia no solo desgasta físicamente, sino mentalmente. Cada noche se siente como una prueba de resistencia, no solo por el trabajo que realizamos, sino por el hecho de exponernos a un peligro que no podemos controlar.

CONCLUSIONES

Ser profesional de la salud en Culiacán, en medio de esta ola de violencia, significa vivir con un peso adicional. No solo cuidamos de los pacientes, sino que también debemos cuidar de nosotros mismos, no solo dentro del hospital, sino en cada trayecto de ida y vuelta. A veces parece que la guardia comienza mucho antes de entrar al hospital y no termina hasta que cruzamos de nuevo la puerta de nuestra casa.

A pesar de todo, seguimos adelante. Sabemos que somos necesarios, que la labor que realizamos es crucial, especialmente en estos tiempos, donde el verdadero desafío no está solo en el hospital, sino en la incertidumbre y el riesgo que la violencia en las calles nos impone.



¡Nuestro Culiacán es más, mucho más!

Más que violencia y narco corridos, es considerada como uno de los principales proveedores de alimentos del mundo, Culiacán es una ciudad de gente amable, de carácter franco y alegre, que disfruta recorrer en un tranquilo paseo en bicicleta por las riberas de sus tres ríos: Humaya, Tamazula y Culiacán, o caminar por su hermoso Jardín Botánico, considerado el mejor del país en su tipo y apreciar la hermosa colección de arte contemporáneo, rodeado de una muestra botánica internacional con más de mil diferentes especímenes de plantas, logrando ser una de las más importantes del país.